

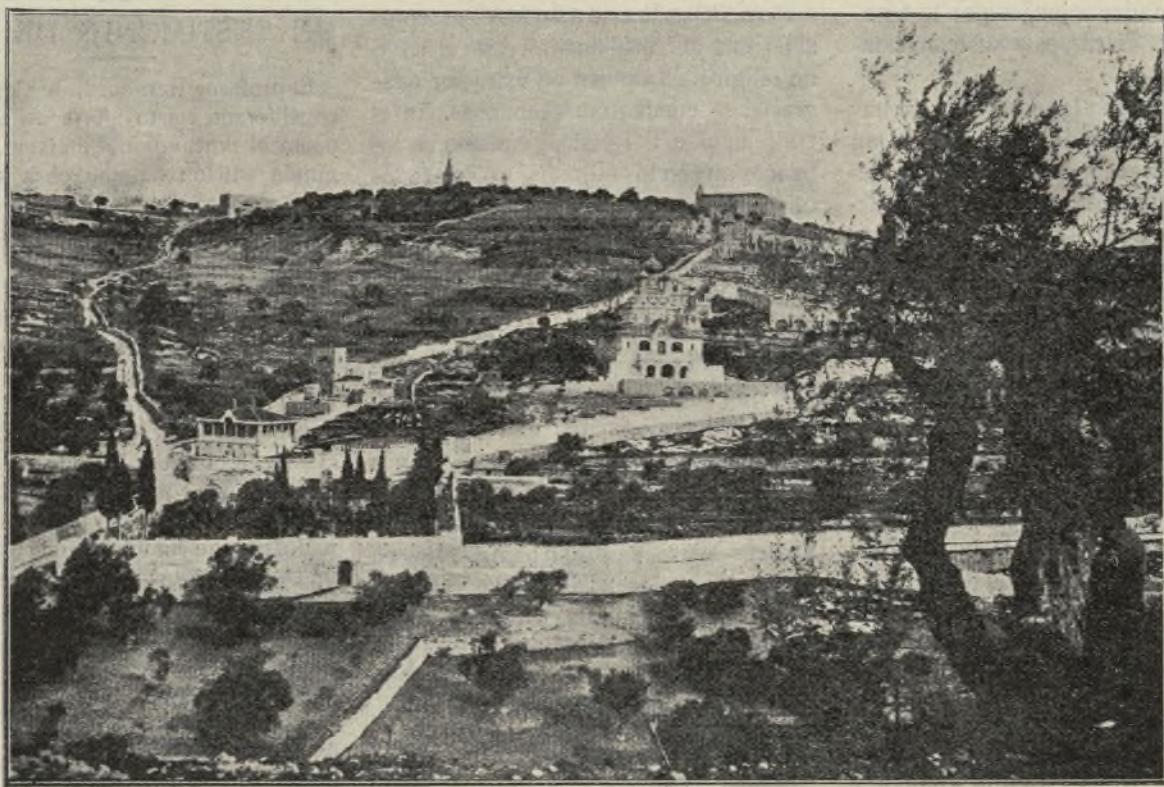
ESPAÑA EVANGÉLICA

AÑO III. — NÚM. 133

Madrid, 10 de Agosto de 1922

PRECIO: 15 CÉNTS.

OLIVOS Y ACEBUCHES



EL MONTE DE LOS OLIVOS

Pocos árboles habrá más semejantes en apariencia y más distintos en realidad que el olivo y el acebuche. Éste, que no es otra cosa que un olivo silvestre, tiene, como aquél, el mismo tronco nudoso y retorcido, la misma corteza rugosa, las mismas hojas de color verde plateado, la misma apariencia, en una palabra; pero existe entre ambos una diferencia no pequeña; a saber: que en tanto que el olivo produce el fruto de todos conocido, del cual se extrae «el aceite que hace lucir el rostro», el acebuche o no echa fruto, o si lo echa es tan ruin y de tan poca aplicación práctica que viene a ser lo mismo que si no echara ninguno. Eso sin contar con que en tanto que la rama del primero está universalmente reconocida como el símbolo de la paz, las del segundo proporcionan las renombradas «varas de acebuche», símbolo de alguna violencia, como muy bien podrían atestiguarlo más de cuatro

pobres caballerías y hasta algún que otro chico de la escuela.

Estas notables diferencias entre árboles aparentemente tan semejantes me han hecho pensar que otro tanto sucede con los hombres en los diversos campos de la actividad humana. En todos ellos, lo mismo en el campo de la ciencia que en el de las artes y hasta en el de la religión, hay hombres olivos y hombres acebuches, que a simple vista pueden llegar a confundirse; pero si nos fijamos en que los unos son fructíferos y amigos de la paz, en tanto que los otros son estériles y partidarios de los procedimientos violentos, no nos será posible equivocarnos.

Entre una eminencia médica, por ejemplo, y cualquier vulgar matasanos, no hay aparentemente diferencia alguna. Si van a vuestra casa llevarán el mismo termómetro, la misma estilográfica, las mismas recetas. Si vais a la suya veréis el mismo título colgado en la pared, los

mismos estantes repletos de libros, los mismos instrumentos espeluznantes. La única diferencia estará en que en tanto que el uno, con su ciencia, irá poco a poco restituyéndose la salud, sin recurrir a la ligera al bisturí, a las tijeras o al cauterio, el otro, el acebuche, será partidario, como aquellos cirujanos de que hablaba Quevedo, de cortar, arrancar, abrir, aserrar, despedazar, picar, punzar, ajigotar, rebanar, descarnar y abrasar a troche y moche, con lo que sin gran esfuerzo os llevarán a la sepultura.

Y lo que ocurre en el terreno de la ciencia médica ocurre en el de la ciencia pedagógica, en el de las ciencias físicas y en todos los demás. Lo mismo el pedagogo bueno que el malo han pasado por la Normal y han leído a Pestalozzi y a Fröebel; pero en tanto que del pedagogo bueno, que sabe que la letra entra con sangre, pero no del discípulo, sino del maestro, se puede esperar fruto, del pe-

SUMARIO

Olivos y acebuches (José Caraballo). — Un testimonio de valor. — La cuestión religiosa vista por un aristócrata español (Adolfo Araujo). — Limosna a toda orquesta (Alejandro Campo). — De actualidad. — Información Evangélica. — La fe de un herrero, novela, por José Moreno. — Esfuerzo Cristiano. — Escuela Dominical. — Anuncios.

dagogo acebuche no se pueden esperar más que palos y alguna que otra falta de ortografía, de esas que están pidiendo a voces gramática perpetua por castigo.

Sabios acebuches hay que parecen un pozo de ciencia y deben sin duda serlo, y bien profundo, a juzgar por lo tenebroso de sus discursos y sus conversaciones.

Con éstos se dan la mano todos aquellos que hacen gala de una erudición tan inútil como la acebuchina: los que se dedican a calcular, estudiar e investigar detalles de tan poca transcendencia como el número de letras de la *Gatomaquia*; el color del cabello de Atila, o si la polaina que llevaba Napoleón en la batalla de Waterlóo tenía seis botones o cinco, y otras cosas que no han de hacer a la Humanidad más feliz ni a ellos mismos mejores. Éstos se parecen a los verdaderos sabios en más de un respecto: en la aplicación, en la tenacidad, etc.; pero prestos a buscar el fruto de sus estudios no encontramos otra cosa que acebuchina.

Otros sabios de esta índole lo parecen tan sólo por saber callar. Se dan cuenta de que aun el necio cuando calla es reputado por sabio, y a fuerza de silencio se van labrando su pedestalito. Claro que si hablaran podrían dar quince y raya al mismo Sancho, con ser único en el arte del rebuzno; pero no hay miedo de que lo hagan. De esta naturaleza hay más de una reputación de pensador por esos mundos.

¿Y qué diremos de ese tipo tan corriente de sabio que con cuatro ideas tomadas de éste y del otro, nos atosiga continuamente el alma, a fuerza de repetir en tono doctoral lo que nunca salió de su caletre? Éste podría, con razón, llamarse acebuche de Navidad, porque como el árbol de Navidad ostenta frutos, pero no son los suyos. Y con esta clase de sabios el simbolismo del acebuche tiene también aplicación. «Hojas y palos» parece ser su lema al discutir. Ideas tendrán pocas y robadas; pero «el hombre de las cuatro ideas» suplirá la falta a fuerza de palabras, voces y puñetazos; y como un necio siempre encuentra otro más necio que lo admire, hasta tendrá su círculo donde le oigan con la boca abierta.

Pasemos muy a la ligera por el campo

de las artes y veremos que también hay olivos y acebuches tratándose de poetas, pintores, escultores, músicos, arquitectos, etc. Todos ellos, el bueno y el malo, emborronan cuartillas, embadurnan lienzos, tallan mármoles, etc.; pero la diferencia estriba en que en tanto que uno escribe la «Iliada», el otro escribe coplas para ciegos; que en tanto que uno pinta el cuadro de *Las Lanzas*, el otro pinta la muestra de una posada; que en tanto que uno construye el Partenón, otro levanta adefesios como algunos de los que adornan nuestra presuntuosa Gran Vía.

Pero, dejando esto a un lado, pasemos al terreno que más nos interesa: al terreno religioso. También en éste, por desgracia, se encuentran acebuches. En el Getsemaní de la Iglesia, lo mismo en los bancos que en los púlpitos, no son todos olivos, por más que todos lo parezcan. El cristiano acebuche asiste a los cultos, canta himnos, sabe hablar el lenguaje convencional de la piedad, tiene su Biblia, su credo; pero no le pidáis fruto, porque será pedir peras al olmo. No tiene más que hojas: hojas de Biblias, de himnarios, de catecismos, etc. Un credo magnífico, un follaje exuberante, y, por todo fruto, cuando hay alguno, acebuchina. En tanto que el verdadero cristiano demuestra siempre su amor a Dios en su amor práctico hacia sus hermanos y en su amor a la paz, esto es, en obras, en frutos, del cristiano acebuche no esperéis más que palabras y amor a fomentar las discordias, esto es, hojas y palos, que es lo más que el acebuche puede dar.

Y hojas y palos es lo que da igualmente el predicador acebuche, que también los hay. El buen predicador da su misma sustancia, da algo que alimenta a la congregación, da ideas y, sobre todo, da ejemplo y da fruto. El predicador acebuche no da más que palabras, lugares comunes, hojas, palos a la iglesia de Roma o a la denominación de enfrente. No le pidáis sustancia; eso sería pedir aceite al acebuche. No le pidáis que ponga en práctica las doctrinas de amor que predica; eso sería pedirle fruto. Discursos sí podéis pedirle todos los que queráis, porque es como la rana: todo boca.

Se ve, pues, que en todos los campos hay la posibilidad de tomar el acebuche por olivo, con perjuicio de nuestra salud si se trata de médicos; de la educación de nuestros hijos, si se trata de pedagogos; de nuestro gusto estético, si se trata de artistas, o de nuestra vida espiritual, si se trata de predicadores; y el objetivo de este artículo no es otro que decir sencillamente: Desconfiad de las imitaciones. No os dejéis sugestionar por la chalina

del poeta, la melena del músico, la biblioteca del médico, las voces del hombre de las cuatro ideas, el lenguaje piadoso del feligrés, o la elocuencia del predicador. Todo eso no es más que follaje, y lo que suponéis olivo os puede fácilmente resultar un acebuche que después de defraudaros con sus hojas, acaso preste generosamente alguna de sus varas para tundiros las espaldas. Mirad el fruto y sólo el fruto. Únicamente por él es posible conocer el árbol.

JOSÉ CARABALLO.

UN TESTIMONIO DE VALOR

El profesor Hergaard, de Copenhague, considerado hasta ahora en Dinamarca como el portavoz del ateísmo, en la segunda edición de una obra suya dice: «Con un sentimiento de profunda melancolía recuerdo los días en que comencé a escribir este libro. Estaba entonces muy lejos de presentir los cuidados que el destino me tenía reservados. De entonces acá los dolores de la vida han desgarrado mi alma y han arruinado el fundamento sobre el cual me figuré poderla edificar. Sinceramente arrastrado por el prestigio de la ciencia, creí haber hallado en ella un refugio seguro contra todas las eventualidades de la vida; esta ilusión se ha disipado, porque cuando vino la tempestad y mi conciencia se vió rodeada de dolor, las cuerdas de la ciencia saltaron como débiles hilos. Entonces busqué el socorro que tantos hombres antes que yo han experimentado: busqué y encontré la paz en la fe en Dios. Desde ese momento, no he renunciado en modo alguno a la ciencia, pero le he asignado otro lugar en mi vida. Cuando la mirada interior se ve rodeada de sombras y toda esperanza se apaga en el alma, no hay más que un punto donde arrojar el ancla: la sencilla y viva fe de los cristianos. Estoy firmemente convencido de ello. ¡Dichosos los que no esperan a que las cosas lleguen a lo peor para echar sus anclas a este sólido fondo!»

DE LA VIDA MISIONERA

Cierto misionero, al hablar sobre un viaje por el Congo belga, dice: «Por leguas tuvimos que andar por en medio de cañas de unos tres metros de alto. En todas partes se veían las huellas que habían dejado los elefantes y búfalos. Unos belgas nos dijeron que cerca de allí se habían oído, durante varias noches, los rugidos de leones. En algunas partes, el aire olía a animales, como huelen las jaulas de un «zoo». Estábamos alertas mi compañero y yo. Él tiene un hermano que ha matado nueve tigres.» Verdaderamente acarrea peligros en muchas partes del globo la vida misionera, pero Cristo dió su vida por nosotros y debemos anhelar dar hasta la nuestra por Él.

LA CUESTIÓN RELIGIOSA VISTA POR UN ARISTÓCRATA ESPAÑOL

Sobre el libro *El Crimen Político*, escrito por don Pedro Pidal, marqués de Villaviciosa de Asturias.

CINCUENTA años hemos pasado los evangélicos españoles afirmando que el Romanismo, no sólo es erróneo en su doctrina, sino funesto en su práctica para nuestros compatriotas individualmente y para nuestra nación como colectividad. Se nos ha dado muchas veces la razón desde las filas de las izquierdas, y hemos tenido simpatizantes ilustres entre aquellas personas cuya actitud mental las distanciaba notablemente del Catolicismo Romano.

Ahora se ha dado un caso de muy especial significación. Una voz franca y valiente se ha alzado en ese mismo núcleo de hombres y de fuerzas que ha servido, y aun sirve, de sostén a la tradición en España. Es un hijo de aquel fogoso y elocuente orador de las derechas, que se llamó D. Alejandro Pidal y Mon, un nieto del ministro de Isabel II, que firmó con Roma el Concordato que aun por nuestra desgracia rige en muchas cosas; un noble y opulento varón, el marqués de Villaviciosa de Asturias, D. Pedro Pidal, quien continuando el recorrido de una trayectoria iniciada en libros anteriores, acaba de publicar uno verdaderamente sensacional, en el que recomienda se dé beligerancia plena al Protestantismo en España; es más, que se oriente hacia él la organización y espíritu de la futura Iglesia nacional española. Los nombres de Saulo de Tarso y de Martín Lutero, ambos representantes de una tradición que habían de combatir, vienen involuntariamente a los puntos de la pluma por una analogía no por lejana menos real.

La depresión de los españoles. — El punto inicial de las preocupaciones y disquisiciones de este aristócrata español, es el bajo nivel intelectual, espiritual y moral a que han llegado sus compatriotas. Citando palabras de la reina Victoria, Pedro Pidal afirma que «España valdrá lo que valgan los españoles». Examinando a éstos, los encuentra muy poca cosa. Somos perezosos, tememos la competencia aun de nuestros propios hijos; somos envidiosos, y nada nos gusta tanto como rebajar y deprimir a nuestro prójimo; somos un pueblo malhumorado y amargado que hace las cosas de mala gana y, por lo tanto, sin buen éxito; somos, en fin, un pueblo propenso al despotismo y a la anarquía; un pueblo del cual ha podido decir Trotsky que lo juzga muy bien preparado para el bolcheviquismo.

Aunque Pidal reconoce las influencias del terreno, clima, etc., en la raza, con todo, no puede admitir que haya llegado a su lamentable situación actual un pueblo que en la Edad Media y los albores

de la Moderna no era inferior a ninguno, sin que sobre él se hayan ejercido influencias perniciosas y mal intencionadas, procedentes de elementos extranjeros. Como él mismo dice: «Al demonio se le ocurre que un padrastro es un padre, o que un extranjero es un buen gobernante o amante del país que rige. Por ley de naturaleza debe ser todo lo contrario.»

¿Y quiénes son esos extranjeros que tanto daño han hecho a España? Nuestro autor nos lo dice bien alto y bien claro. No es que diga cosa nueva. Lo han afirmado muchísimos antes que él. Pero que lo diga él, obligado por la preocupación honda que le causa el estado del pueblo y expresándose con valerosa sinceridad, es muy de apreciar. «Se aliaron o comanditaron el altar y el trono, dos extranjeros en vez de uno, Roma y la Casa de Austria, para convertir a los españoles en cosas en vez de personas.» «El alma de los españoles nos la expidieron a Roma. El cuerpo de los españoles nos lo expidieron a las guerras.» «No es el clero español el que tiene la culpa, es la Casa de Austria, el extranjero dominando y manejando a España, que quiso que los españoles no conociésemos otro Cristianismo más que el sentido por el Extranjero-Roma, que es el de hacer bajar la cabeza.»

La «herética pravedad» no era tal. — Mil veces hemos recordado nosotros a nuestros compatriotas aquellas figuras gloriosas de los reformados españoles del siglo XVI. Mil veces les hemos dicho que sufrieron cárceles, tormentos, confiscaciones, deshonras y la muerte en la hoguera, no por el mero capricho de hacer un cisma en España, sino por hacer revivir aquí, como revivía en otras partes, el puro Cristianismo, limpiándolo de los errores y corrupciones con que la jerarquía romana lo había desfigurado y corrompido. Mil veces, también, les hemos dicho que España debía pasar juicio de revisión sobre aquellos hombres y aquel tiempo, no sólo para hacerles justicia, sino para anudar el hilo roto de su gloriosa historia. Aquel no podía ser, no debía ser, el veredicto final que España diese a tales hombres y a causa tan pura y noble. Pero ahora lo dice un hijo de Pidal: «Pero ¿es que la *herética pravedad*, contra la cual pedían la Santa Inquisición, Isabel y Cisneros, no era precisamente el advenimiento de la Paz, de la Razón, de la Invención, del Estado industrial, de la Civilización o del Progreso?» «Pues quien traía la razón, el discurrir, lo divino, era la *herética pravedad*, precisamente el Progreso, la Reforma.» Después cita con aprobación a Laveleye en su obra *Le Gouvernement dans la Démocratie* cuando dice: «La Reforma, el Protestantismo, siendo una vuelta hacia el Cristianismo primitivo, y, sobre todo, hacia el espíritu democrático de los profetas del

Antiguo Testamento, engendró en todas partes el espíritu de libertad y de resistencia al absolutismo.»

Lo cual quiere decir que en nuestra España, y en aquel tiempo, hubiera venido muy bien.

Pero viene muy bien aún hoy. Al grito tan frecuente en las filas de la reacción, sobre todo en estos últimos tiempos «¡que hace progresos el Protestantismo!», responde nuestro autor:

«¡Mejor que mejor! ¡Es la Razón, es el Orden natural, ordinario, inquebrantable, constante de las cosas, que sube de la base de pirámide para sostener lo que se tambalea arriba! Por eso no lo quieren los revolucionarios. ¡Claro, prefieren el Romanismo!»

«¿Es que no quieren el orden?»

En nuestro siguiente artículo continuaremos el análisis de las orientaciones que recomienda este hombre, sinceramente preocupado de favorecer una renovación religiosa en su patria.

ADOLFO ARAUJO.

CURIOSIDADES

Muchas de las pequeñas criaturas del bosque y del campo son violinistas durante cuatro o cinco meses del año. Algunas tienen dos juegos de alas, uno con qué volar y otro que sirva de arco y violín. El grillo es un violinista que no parece cansarse nunca de su propia música. Tiene dos penetrantes y fuertes canciones: una para el día y otra para la noche. Cuando las nubes oscurecen el sol, piensan que la noche viene y cambia inmediatamente su canción del día por la de la noche.

ANÉCDOTA

Algunos aprovechan toda oportunidad que se les presenta. Por ejemplo: hace poco se detuvo enfrente de la casa de Mascagni, el famoso compositor, cierto mendigo que tocaba mal un organillo, siendo la pieza una que había compuesto Mascagni mismo. Como éste no pudo aguantar más la música, tal como se tocaba, salió de la casa y trató de enseñar al mendigo a que tocara más ligero dicha pieza. El tocador del organillo prestó atención a su advertencia, y, al día siguiente, iba por las calles con el siguiente cartel con letras mayúsculas: «Alumno de Mascagni».

VERANEANTES

Como en años anteriores, a los suscriptores que cambien de residencia durante los meses de verano, les serviremos el periódico a su punto de veraneo, si lo comunican a la Administración.

LIMOSNA A TODA ORQUESTA

EN todas las fiestas a las cuales aludía en mi último escrito, suelen designar sus organizadores un día para repartir limosnas a los pobres del distrito.

Un bochornoso atardecer de Julio tuve ocasión de presenciar uno de estos repartos desde la verja de un parque, cedido para ello, y la visión de aquello, el rudo contraste que ante mis ojos se ofrecía, me hubiera ocasionado risa si no se tratara de algo dolorosamente triste.

A lo largo de una mesa adornada con flores, sentábanse los señores de la comisión de festejos, con sus esposas e hijas, todas disfrazadas como para una gran fiesta. El principal asiento lo ocupaba, ¿quién había de ser?, el cura de la parroquia, el que se dice representante del divino Jesús, de Aquél que anatematizó a los que ocupaban los primeros asientos en las sinagogas. A la izquierda, y un poco retirada de la mesa, se sitúa una banda de música, según ellos dicen, para amenizar el acto.

Fuera del recinto, y aguantando el sol caliginoso, esperan, en doble fila, los mendigos: unos, necesitados; profesionales, otros; pero todos con sus andrajos y su semblante sellado por la miseria y el abandono, dando la sensación de un aguafuerte sobre el fondo verde de un hermoso paisaje. Antes de empezar el reparto, y al compás de una pieza de música que interpreta la banda, fórmase un baile entre los organizadores de aquel acto de caridad, y, previo disparo de bombas y cohetes, ábrese la puerta para dar paso a los que sirven de pretexto para aquel hipócrita jolgorio. Y es de ver a aquellos harapientos desfilar por riguroso turno — que se encargan de ordenar los agentes de la autoridad — macilentos, sudorosos, mirando con odio o con desprecio a los que con cara de satisfacción, y mientras servidores de frac les preparan frescas naranjadas, les van entregando un papeletito, que es el bono que han de canjear por lo que allí haya escrito una «mano generosa».

De vez en cuando ha de suspenderse el reparto para que las señoritas descansen, y para ello vuelve a iniciarse el baile, que han de presenciar forzosamente los infelices que en aquel momento encuéntranse cerca de la mesa.

Ya no quedan muchos menesterosos en la fila; mas alguien ha tenido la feliz idea: los últimos bonos han de ser repartidos por el señor cura, y los favorecidos le han de besar la mano. Y así, sobre la lustrosa mano del sacerdote, pónanse levemente los labios de los desgraciados pedigüños. Y confirmando la verdad evangélica de que la caridad no consiste en dar, por mucho que se dé, sigue el desfile de los necesitados, que salen de allí sin una frase de consuelo, sintiéndose

humillados al comparar aquel lujo insolente con su mucha miseria.

Acude a mi memoria el pasaje evangélico cuando Jesús, con frase sublime, encargaba a los que le oían en el sermón del monte: «cuando, pues, haces limosna, no hagas tocar trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas...», y en mi imaginación me parecía ver cómo el Señor, desde su trono de gloria, y con una amarga sonrisa, dibujada en sus divinos labios, presenciaba la profanación del más excelso don del cielo: la caridad.

Ha salido el último mendigo, que ha merecido los honores de ser fotografiado recibiendo la limosna, para que su retrato sea publicado en las revistas ilustradas. Curioso le pregunto por la cuantía

de lo recibido, y mostrándome el vale, me contesta:

— Mire, señor; me darian un pan; pero tendría que ir más de un kilómetro de aquí a recogerlo; casi todos los que acudimos a «estas cosas» vendemos los vales a Fulano, que nos da veinte céntimos.

Oyese de repente una música absurda, sin armonía, a base de estridencias, y a su compás danzan otra vez los organizadores del festival un baile grotesco, moviendo sus cuerpos en contorsiones epilépticas, ridículas...

Cae la tarde y su calma es sedante para el espíritu, y recrea la vista la perspectiva de un crepúsculo maravillosamente bello. En el silencio de la tarde, con el murmullo del bosque cercano, parece reconstruirse aquella voz llena de inefables armonías: «De cierto os digo que ya tienen su recompensa...»

ALEJANDRO CAMPO.

DE ACTUALIDAD

El clericalismo. — ¿Por qué avanza y por qué no se le ataja?

ALGUNOS periódicos liberales (no todos, porque muchos no lo son, por lo visto, aunque se lo llaman) vienen quejándose estos días de las exigencias ultramontanas formuladas en una de las últimas sesiones de la alta Cámara por el arzobispo de Tarragona y el señor Silió respecto a la meritísima Institución Libre de Enseñanza, obra magna del inolvidable Sr. Giner de los Ríos, que por su carácter neutro en materia confesional fué siempre objeto de prevenciones y odios clericales.

Y esos periódicos valientes, *La Libertad* entre ellos, tratan de poner en guardia a la opinión contra los manejos de la reacción, que, hipócrita y ladina como siempre, no ataca de frente, sino de soslayo, basándose en pretextos formularios, con objeto de sorprender la buena fe, mejor diríamos la indiferencia de la masa, que no hace por interesarse de verdad en los problemas tan trascendentales como los de educación y enseñanza.

Pero, como en otras tantas ocasiones, nos tememos que ahora también se pierdan en el vacío las oportunas protestas del verdadero liberalismo español. No es ya sólo que los clericales se hallen envalentonados, como dice *La Libertad*, con la tan continuada permanencia de Gobiernos conservadores en el Poder, y aprovechándose de esta favorable circunstancia, arrecien en sus acometidas contra lo poco liberal que queda en España. Es que sobre todo cuentan los neos con que aquí los que se dicen liberales

no lo son o lo disimulan hasta el punto de que dejan hacer a la reacción lo que le viene en gana.

Es éste el gran mal que padecemos, lo que le da hecha la victoria al clericalismo dominante. La situación actual política en España está bien clara: las derechas, unidas como nunca y en constante actividad para el logro de sus fines sectarios, y las izquierdas como nunca divididas y sin preocupación alguna por los ideales que dicen defender. Y así, claro está, el triunfo del clericalismo en enseñanza como en cualquier otro asunto es seguro, y lo que es más triste, facilísimo. Por eso hemos dicho tantas veces, y lo repetimos otra vez, no tienen los clericales que apelar a grandes inventivas ni discurrir nuevos partidos u organizaciones. Aun los recursos ordinarios con que cuentan les sobran. Con la aquiescencia de nuestros liberalitos tienen bastante para alcanzar lo que desean.

¿Qué les importa a las izquierdas españolas lo que las derechas hagan o pretendan hacer para dominar en el campo de la enseñanza o en otro campo? Para las izquierdas lo más importante hoy es la guerra intestina que les destroza y aniquila. Socialistas contra sindicalistas y ambos contra comunistas; liberales de Romanones contra liberales de la concentración; periódicos de la izquierda unos contra otros; esto y no más que esto es lo que les importa a nuestros flamantes sectores de la avanzada liberal. «Divide y vencerás», se dirán en sus conciliábulos los políticos ultramontanos. Pero lo más chocante del caso es que ni siquiera han tenido ellos que procurar esa división. Los mismos elementos izquierdistas se la han buscado, y al encontrar-

la, ellos mismos se gozan en la división y en el destrozo propio.

Y así estamos en el presente momento histórico en cuanto a defensores del sagrado depósito de nuestras libertades y derechos de espíritu, porque lo que se dice a propósito de esta intentona reaccionaria contra la Institución Libre de Enseñanza, debe entenderse como dicho de todos los demás aspectos de la vida ciudadana en relación con la libertad de conciencia. Hoy se ataca a ésta por todas partes, y no hay quien reclame y proteste, a no ser alguna voz aislada, que por eso, por ser aislada, se la desprecia.

Y mientras tanto, ¿qué hacemos nosotros, evangélicos españoles? Porque es indudable que algo, y muy mucho, nos afectan todas estas cosas, y algo, y no poco, estamos obligados a hacer por que cambien.

¿Que qué hacemos? ¿No es verdad, hermanos y amigos queridos, que hacemos muy poco, casi nada? Porque no es bastante, ¡qué ha de serlo!, lo que estamos haciendo: una protesta más o menos seria, cuando algún atropello nos toca de cerca; unos cuantos discursos o artículos en defensa de la libertad de conciencia y de los derechos civiles y alguna asamblea de cuando en cuando, donde estos problemas se abordan, pero sin llegar a soluciones prácticas. Y nada más.

Es mucho más lo que tenemos que hacer, confesémoslo de una vez sin tapujos. Hay que salir a la calle, hay que preocuparse de los problemas sociales y políticos, hay que intensificar la acción común y emplear todos los recursos posibles en ir unidos y solidarizados a la conquista de los derechos que nos han quitado o mediatizado, sin los cuales toda nuestra propaganda misionera resulta en extremo difícil, si no imposible.

Sí, hermanos; pensemos en esto bien, que pudieran estar equivocados, desde luego con toda buena fe, los que fían *toda* en la obra misionera a la labor de *edificación*, a predicación de la Palabra, al trabajo *en la Iglesia y para la Iglesia*. Eso será eficaz y suficiente en países constituidos ya en el Evangelio y en la libertad cívica. Aquí, no, no y mil veces no.

El que piense que la evangelización en España se extenderá y arraigará con *sólo* el funcionamiento de capillas y escuelas, el trabajo del colportador y de evangelistas itinerantes y mucha abnegación y espíritu de sacrificio personal en obreros y fieles, sin que *al propio tiempo* se labore por conseguir y se consiga un régimen de plena libertad de cultos que haga imposibles o por lo menos muy difíciles los atropellos a los evangélicos y a la evangelización, tal vez cambiaría de opinión si medita en serio que hasta ahora esos medios que podíamos llamar personales o intrínsecos han dado resultados bien poco notables. Y no será porque se hayan escatimado sacrificios y esfuerzos. Dígame lo que se quiera, es lo cierto que

hasta aquí cada obrero evangélico, cada fiel evangélico ha sido un héroe y lo está siendo, un héroe de la fe y de la propaganda. Y, con todo, el Evangelio no progresa en España como deseáramos.

Hay, pues, *de fuera*, un obstáculo, y ese es el ambiente cerrado, clerical hasta lo sumo, que impide todo movimiento.

Y este estorbo sólo se quita saliendo a la calle a quitarlo por medio de una *obra común* de unión de todos los elementos y de todos los entusiasmos.

Y véase cómo esto, que es urgente y preciso, es precisamente ir a lo social y político, sin que político y social aquí contradigan en lo más mínimo a lo espiritual del Evangelio.

A. ARENALES.

De martes a martes.

El problema de Africa. Hemos cambiado de Alto Comisario, pero hasta ahora no hemos cambiado de fortuna. El general Burguete, sustituto de Berenguer, recorre posiciones y alienta a las tropas. Los moros, por su parte, repiten sus agresiones al Peñón, a Larache, a Quebdani, etc. Todo está igual, a pesar de que se habla de la sumisión del Raisuni, de un barco que lleva a Ceuta seis millones de pesetas para el rescate de los prisioneros, de la detención del «Pajarito» y de otras «fantasías moriscas». Por una parte, el general Burguete felicita al jalifa con motivo de la Pascua grande. Por otra, se habla de próximas operaciones. De lo que no se habla es de lo que tanto españoles como moros parecen desear con toda el alma: de un acuerdo pacífico que ponga fin a esta sangría suelta de hombres y dinero, y permita emplear, en más nobles y productivas empresas, tantos millones y tantos brazos.

Muertes, asolamientos, fieros males. En Ciudad Real, la explosión de unas cápsulas

produjo, el 31 del pasado, un violento incendio en un edificio donde había almacenada pólvora, dinamita y otras materias explosivas. El servicio de incendios resultó aún más deficiente que en la catástrofe de Málaga. Sólo se disponía de una manga viejísima que además no funcionaba. El siniestro ha costado la vida a varias personas, y no pocas han resultado heridas. Entre la guerra de Marruecos, los frecuentes descarrilamientos que ocurren y catástrofes como la de Málaga, Soria y Ciudad Real, nos vamos quedando cada día más claros. Pero acaso lo que parezca descuido en las autoridades no sea sino una medida paternal encaminada a solucionar el pavoroso problema de la vivienda.

Cerca de Lourdes (Francia) un tren de peregrinos, que no pudo subir la cuesta de Ville Comptal, se vió obligado a retroceder y chocó con otro, también de peregrinos, que venía detrás. Han resultado 40 muertos y 50 heridos. En Cincinnati (Estados Unidos) otra catástrofe ferroviaria

ha costado la vida a 15 personas. En Moscú, el cólera ocasiona 32 defunciones; en Italia, fascistas y comunistas se atacan con furia y hay 63 muertos y centenares de heridos de uno y otro bando; en Irlanda sigue la lucha con tendencia al triunfo de las tropas inglesas; los franceses aprietan con sus represalias el dogal a Alemania, basándose en la falta de pago de las compensaciones, y, por último, en Austria la situación es cada vez más desesperada, por subir los precios de los artículos de una manera fantástica y bajar la moneda, hasta el punto de que para comprar una libra esterlina hagan falta 190.000 coronas. En resumen: que el mundo se está poniendo como para desear que se solucione cuanto antes eso de las comunicaciones interplanetarias.

Muerte de Graham Bell. El día 1.º del corriente falleció, en Baddeck (Nueva Escocia), Graham Bell, inventor del teléfono.

Huelgas. La de los mineros holandeses se ha solucionado mediante una disminución de salarios. La de los mineros de Asturias ha tenido también una solución semejante, aceptando los obreros una disminución provisional de un 5 por 100, que podrá desaparecer si intensifican la producción en un 20 por 100.

Los empleados de Correos de Madrid, por no atender el Gobierno sus demandas, entre las que figuraban la reorganización del Cuerpo, la creación del Ministerio de Comunicaciones y la readmisión de los carteros despedidos, se han declarado en huelga de brazos caídos. En provincias es casi seguro que secundarán el movimiento iniciado en la capital.

Parece que el Gobierno piensa recurrir a la militarización del servicio, como lo hizo el Sr. Cierva en 1918. Lo cierto es que en Madrid, donde se reparten diariamente más de 30.000 cartas, sólo se han repartido unos centenares en estos días.

Es de esperar que el tribunal arbitral, de que ya se habla, pueda resolver el conflicto antes de que se agrave, por sumarse a los oficiales de Correos los de Telégrafos, que están en actitud expectante.

La visita del señor Alvear. Don Marcelo T. Alvear, presidente electo de la República Argentina, ha pasado dos días en Santander, donde tuvo un entusiasta recibimiento y donde se ha entrevistado con nuestro monarca, estrechándose así los lazos entre las dos grandes naciones por ellos representadas, hasta el punto de hablarse otra vez de un viaje de D. Alfonso a la Argentina.

En el banquete del palacio de la Magdalena hubo discursos de mérito sobre la necesidad de que ambos pueblos se aproximen. Ojalá no quede todo en emociones y digestiones, y de veras se haga algo que, en realidad, contribuya a unir a España con las hijas de allende el Océano.

ICARO.

INFORMACIÓN EVANGÉLICA

Esta semana.

Domingo 13. — Cultos públicos, con predicación, en todas las Iglesias de Madrid, a las horas de costumbre.



Un ofrecimiento.

Hemos recibido una atenta carta de Mr. Thomas Kane, presidente y director de la Layman Company, de Chicago, ofreciéndose a mandar literatura acerca de los diezmos a todos los pastores evangélicos que la pidan. La nota dice así:

Por la presente nos comprometemos a enviar gratis y libre de gastos de franqueo, a cualquier ministro, los folletos: *Cómo pagar diezmos y por qué*, y *Aquel interesante sermón del diezmo*, en español, y en cantidad suficiente para poder dar un ejemplar a cada familia representada en su congregación.

Señas: The Layman Company, 35, North Dearborn St. Chicago Ill. Estados Unidos.



Una aclaración.

En la información del número 130 de esta revista, y bajo el encabezamiento «De Sabadell», decíamos:

«Es tal vez interesante recordar que el amado y veterano D. Juan Uhr, después de haber fundado nuestra obra, hará unos treinta años, deseó e intentó trabajar en dicha barriada (la de Creu Alta); pero los fanáticos de aquellos tiempos se le opusieron, y no pudo ver realizados sus buenos deseos. Y, he aquí, el mismo día en que él partía para estar con Jesús, nos hallábamos reunidos en dicho barrio.»

A petición del remitente rectificamos gustosos un error debido a una mala inteligencia de lo escrito. Donde dice «nos hallábamos reunidos en dicho barrio», debe leerse: «nos hallábamos reunidos sabadellenses y creualtenses», pero no en el barrio de la Creu Alta, como decíamos.



En las escuelas evangélicas de Valladolid.

Invitado por mi querido amigo D. Federico Gray, tuve el placer de visitar, el pasado Julio, la Exposición de labores y trabajos manuales realizados por los 200 niños y niñas que concurren a las escuelas dirigidas por dicho señor.

La Exposición tuvo lugar en el amplio local de la capilla, transformado por los Sres. Gray en artístico y severo salón, adornado con tanto gusto y combinados por grupos los diferentes trabajos que se exponían tan perfectamente a la pública admiración, que todo cuanto se diga en alabanza me parece poco ante la realidad. Todos los niños y niñas exponían uno o más trabajos, y considerandó el número que asisten a las escuelas, se comprende

rá el trabajo que representa una Exposición de tal naturaleza.

Sirviéndome de «cicerone» Mr. Gray, contemplé los diferentes objetos que llenaban el salón. Trabajos con recortes de papel de colores, representando vistas, paisajes, esfinges, etc., etc., realizados por niños de cinco y seis años. Centenares de textos musicales, dibujados y pintados en bonitos colores. Sobre todo, llamó mi atención una imitación de «documento antiguo», hecho por una niña de trece años, cuyo texto era el salmo 23, en letras góticas, en diferentes colores.

En extensas mesas se veían, esparcidos profusamente, acorazados, chalets, puentes, edificios históricos, trenes, casas y mil diferentes trabajos. Primorosos modelados en cera y un amplio modelado en yeso y barro, que representaba la costa marroquí con dos aduantes; en el uno estaban las fuerzas españolas y en el otro las moras; pero tan vivamente representado, que había soldados, caballos, fusiles, camiones, cañones, etc. También admiré la sección de labores de aguja, confeccionadas por las niñas, y aun cuando no soy perito en pespuntos y bordados, me pareció todo muy lindo, demostrando el trabajo paciente de la profesora.

El techo del salón era un sorprendente mosaico de cuerpos geométricos, algunos de verdadero valor artístico, pues entre muchos contemplé un gran icosaedro, cuyas caras, por el interior, representaban otro cuerpo geométrico.

Después de visitar dicha Exposición no extrañaréis saber que, durante los dos días que estuvo abierta al público, fuese visitada por centenares de personas de todas las clases sociales, que salían admiradas y prorrumpiendo en alabanzas a los profesores por la paciente y patriótica labor realizada con niños y niñas.

A las innumerables felicitaciones, que tanto Mr. Gray, como su señora doña Florencia y demás profesores han recibido, uno la mía, y creo que conmigo la de todos los evangélicos españoles. — Manuel Borobia.



Desde La Línea.

Nos escribe de La Línea (Cádiz) nuestro estimado hermano D. Leopoldo Jiménez, dándonos algunos detalles de la obra en aquella importante ciudad andaluza y del buen espíritu que anima a la Congregación, cada día más activa en la propaganda del Evangelio. La iglesia de La Línea cuenta treinta y un años de existencia, y ha sufrido rudos golpes; pero se mantiene firme en la fe.

Aprovechando la ocasión que para ello brinda la bulliciosa feria que en dicho pueblo se celebra, los cristianos han repartido cientos y cientos de Tratados evangélicos, que han sido, por regla ge-

neral, recibidos con agrado y leídos con gusto.

Quiera el Señor bendecir la labor de los hermanos de La Línea y alentarlos para continuar sembrando la Palabra.



SECCION FINANCIERA.

Cuentas del Hospital Evangélico. — Recaudación del mes de Julio de 1922. — Madrid, Sres. G. Douglas, 10 pesetas; F. Romero, 1; A. Rodríguez, 1; R. Poncel, 1; J. C., 1; A. Pola, 0,50; F. Hoyos, 3; V. Medina, 1; F. Orejón, 2,50; C. Reverte, 1; D. Reverte, 1; N. Casarrubios, 1; A. Araujo y Sra., 2,50; A. Gordovil, 1; F. Rubio, 2; P. Fernández, 2; A. Boadilla, 1; A. Barranco, 1; B. Victoria, 3; I. Morcillo, 1; F. Vilches, 1; J. Moreno, 1; F. Bañeras, 2; M. Loreto, 1; T. Horna e hijo, 5; M. Andrés, 1; P. Casarrubios, 2; M. Vigil y esposa, 2; P. Cabrera, 1; R. Pérez-Caballero, 2; Iglesia Santísima Trinidad, 10, A. de S. Eufasio, 1; A. del Corte, 1; C. del Corte, 1; V. Huelves, 1; P. y S. Rojo, 2; C. Canillas, 1; S. Perdiguerro, 10; M. Sánchez, 7; Sres. Brachmann, 10; M. Clemente, 1; dos hermanos de Chamberi, 10; Iglesia de Chamberi, 60; S. Moreno, 3; Sres. Bravo y familia, 6; Anón., Chamberi, 25; R. P. de Casarrubios, 1; M. Arista, 1; señores Rhodes, 10; M. L. D., 1; E. D., 3. Salamanca. — Sociedad de E. C., 50. Zurich. — P. Tobler-Welsi, 6. Fetán. — Anónimo, 23,40. Eslida. — W. B. K. Ridge, 10. Puerto-Real. — J. Labrador, 15. Mateo, 25-40, 50.

Muchas gracias a todos los donantes.

RESUMEN

Total de lo recaudado en el mes	374,90
Balance anterior	1.507,56
TOTAL	1.882,46
Total de lo gastado en el mes	616,05
Balance actual en Caja	1.266,41

Madrid, 31 de Julio de 1922. — Enrique Lindegaard.

ILUSTRACIÓN DE OBRAS Y REVISTAS

En la Administración de ESPAÑA EVANGÉLICA se hallan de venta los cli-sés de los grabados publicados en sus páginas.

Por su perfecta conservación, pueden sufrir tiradas muy grandes. Por su variedad, están muy indicados para la ilustración de libros, revistas, etc.

Cuadros célebres, hombres importantes, asuntos bíblicos, vistas de todas partes.

Precio: 7 céntimos cm.²



(Continuación.)

— Pues, padre, por de pronto, pienso irme a la casa de una amiga de toda nuestra confianza que vive muy lejos de aquí; pero le prometo enviarle las señas de dicha casa en el momento que esté en ella. Sé que seremos bien recibidos por la señora Brígida, que así se llama.

— ¿La señora Brígida, has dicho?

— Sí, padre. ¿La conoce usted?

— Claro que sí, mujer; ¿quién no conoce a Brígida Pontejos, hermana de nuestro sacristán, y la encargada de vestir a nuestras Vírgenes? No necesito que me mandes las señas; podéis marcharos tranquilas, que yo os mandaré los muebles. Me alegro que vayáis a tal casa, porque sé que estaréis bien, y por medio de Brígida podré saber de vosotras. Id en paz, y la santísima Virgen del Carmen os acompañe.

— Adiós, padre, y que no nos olvide en sus oraciones.

— Así lo haré, hijas mías.

Y diciendo esto, las acompañó hasta la puerta, donde volvió a despedirse de ellas.

Cuando el padre Ambrosio entró a su casa, se puso a escribir algunas líneas para su ama Dolores y su sobrina, y así que hubo terminado las metió en un sobre, y tomando de nuevo su capa y su sombrero de teja, salió de su casa cerrando la puerta y guardándose la llave.

CAPÍTULO VI De mal en peor.

María y su hija siguieron su marcha hacia la casa de Brígida la *Sacristana*, por cuyo apodo era conocida en su barrio. Era ésta una señora alta, delgada y bastante morena, que representaba tener unos cincuenta años de edad, y que vestía continuamente de negro. Había quedado viuda hacía unos diez años, y desde entonces se dedicaba a comprar y vender ropa usada, y a vestir las imágenes de vírgenes y santos de las iglesias del pueblo. Cuando pequeña, había sido compañera de colegio de la madre de María, de la que fué muy amiga hasta que aquélla murió. De aquí venía el conocimiento con María, a la que había instado varias veces a que se fuese a vivir en su compañía, para que le ayudase a reformar la ropa que compraba y vendía. A esta casa, que era de su propiedad, aunque peque-

ña y de mal aspecto, fué donde llegó María con su hija cargadas con sus bultos de ropa y fatigadas y cansadas del largo camino que habían tenido que recorrer.

Al llegar allí encontraron la puerta cerrada, pues Brígida la *Sacristana* había ido, según les dijeron algunas vecinas, por una poca de ropa de una pobre mujer que acababa de fallecer; así que María y su hija tuvieron que esperar un buen rato hasta que aquélla regresó, ya bien anochecido.

Al encontrarse allí a María y a su hija, muy sorprendida les dijo:

— ¿Cómo es esto, María, que os encuentro aquí? ¿No vivís ya con el padre Ambrosio?

— No, señora Brígida; nos hemos venido, por fin, a acompañar a usted por una temporada, si nos quiere recibir en su casa.

— ¡Claro que sí! — respondió aquélla —; ya sabéis que hace mucho tiempo que lo deseaba. Lo único que siento es que la habitación que os tenía destinada, al ver que no queríais venir conmigo, la he alquilado esta mañana. Sólo me queda «el cuarto de los trapos», como yo lo llamo, por tenerlo destinado a guardar la ropa que compro; pero ya nos arreglaremos. Casualmente esta noche me van a traer más ropa que he comprado hoy; pero, en fin, siempre quedará un rincón para vosotras. No tengáis escrúpulo ninguno, pues la ropa que yo compro siempre es de personas de confianza. Entrad, pues, y os enseñaré vuestra habitación y soltaréis vuestros bultos. ¿Y vuestros muebles? ¿No tenéis muebles? Pues mejor; así estaréis más desahogadas; pues «el cuarto de los trapos» no es muy grande. Entrad y vedlo.

Ya podemos figurarnos con cuánto disgusto escucharon María y su hija estas palabras. Casi se sintieron arrepentidas de haber dejado la casa del cura, y, sobre todo, se acordaron de su propia casa, donde tan cómodamente habían vivido.

— Señora Brígida — dijo al fin María —, nuestros muebles están en casa del señor cura, el cual ha quedado en mandarlos; pero si usted ve que no tiene sitio para nosotras, buscaremos en otra parte. Hemos venido con la confianza de que tendría usted una habitación para nosotras, como siempre nos ha dicho; pero si ve usted que no es posible, ya buscaremos en otra parte.

— ¿Cómo? Nada, nada de buscar. Ya

os he dicho que nos arreglaremos. En cuanto a vuestros muebles, eso ya es diferente; pero en todo caso, los meteremos en la carbonera, que allí habrá sitio para ellos. Nada; no hay que ser delicadas ni escrupulosas. Hay que acomodarse a las circunstancias. Venid, y os enseñaré vuestro cuarto.

Y así diciendo, las llevó a su habitación, la cual, como había dicho, era bastante pequeña, y estaba casi totalmente ocupada con ropas y muebles viejos.

Al ver María la habitación que se le destinaba, se quedó como petrificada. Pero la señora Brígida, ni corta ni perezosa, empezó a amontonar trapos, y les dejó un rincón del cuarto desocupado; colocó en él dos sillas viejas y una mesa rota, y les dijo:

— Por esta noche podéis pasar así. Si no vienen vuestros muebles esta noche, podéis tomar de aquí los que os hagan más falta, y en cuanto a cama podéis formar una de trapos, y pasar la noche, que mañana será otro día y lo arreglaremos mejor.

El asombro y disgusto de María y su hija iban creciendo por momentos. Tenían que pasar la noche tendidas sobre un montón de ropa vieja, que no sabían de dónde habría venido, ni de quién sería: probablemente, ropa de enfermos, y tal vez de muertos. ¡Qué triste noche les esperaba! Pero no tuvieron otro remedio que aceptar aquello que le ofrecían. ¡Pobres mujeres! Empezaban a sufrir las consecuencias de su locura. ¡Cuánto se acordaron durante la noche, la una de su esposo y la otra de su padre! ¡Cuánto hubiesen deseado volverse a su propia casa! Pero, por otro lado, su orgullo les impedía dar este paso.

Su amiga Brígida, la *Sacristana*, por permisión divina, no las trataba como ellas habían esperado.

Aquella noche, antes de acostarse sobre su pobre lecho de trapos, sólo tomaron una taza de café, que la señora Brígida les hizo tomar casi a la fuerza, y pasaron la noche muy tristes y llorando. A la mañana siguiente, su patrona les hizo tomar un ligero desayuno.

Después les preparó alguna costura, la que no pudieron empezar hasta que vinieron sus muebles, y entre ellos su máquina de coser, que fué lo único que pudieron acomodar en su cuarto. Los demás quedaron encerrados y amontonados en la carbonera, como la *Sacristana* les había dicho. Ésta salió a sus compras y les dejó el encargo de cuidar de la comida y de la casa.

— Hijas mías — les dijo —, no sabéis lo que me alegro de que hayáis venido a mi casa. Así podré dedicarme con más tranquilidad y provecho a mis trabajos. Cuidad de todo bien, que no os pesará. En mí tendréis una segunda madre y una protectora, porque yo acostumbro a pagar bien a quien bien me sirve. Quedad con Dios, y hasta luego.

(Se continuará.)

Esfuerzo Cristiano

¿Cómo y para qué nos llama Cristo?

Dom., 20 de Agosto. Marcos, 1, 16-20.

Lema para la reunión.

Venid en pos de mí, y haré que seáis pescadores de hombres. (Marc., 1, 17.)

Sugestiones.

Pídanse a los miembros que vengan preparados para citar ejemplos de hombres a quienes Dios llamó, como Abraham, Moisés, David, Isaías, Pablo, sacando una lección de cada uno. Otros pueden decir algunas cosas que se deben dejar para seguir a Cristo, y otros algo que Cristo ofrece a los que le siguen.

La reunión es a propósito para que el pastor haga al fin un llamamiento a los que no se han decidido todavía.

Vocación para Cristo.

Es interesante notar el progreso gradual de los discípulos de Cristo en sus relaciones con el Maestro. En su primer encuentro con Jesús, los hombres que le buscaron deseaban solamente conocerle y aprender lo que Él enseñaba. En la segunda ocasión, junto al mar de Galilea, Jesús los llama para que vayan siempre con Él. En la tercera ocasión, los escoge juntamente con otros que también le habían seguido, y los envía a predicar. Tres grados: buscando a Cristo, llamados por Cristo, enviados por Cristo: discípulos, compañeros, apóstoles.

El cristiano es llamado para llamar a otros. Debe extender a los demás la misma invitación: «El que oye, diga: ven.»

No sabemos al principio dónde vamos cuando Dios nos llama para que salgamos del mundo y entremos en su servicio. Como en el caso de Abraham, se trata de un «lugar que yo te mostraré». Pero debe bastarnos saber quién es el que nos llama y que busca nuestro eterno bien.

Temas para pensar.

¿Estoy yo siguiendo el llamamiento divino? ¿Qué hago yo para llevar a otros a Cristo? ¿Dónde debo buscar el poder para hacerlo?

Ilustración.

Se dice que una de las minas de diamantes de África del Sur fué descubierta del modo siguiente: Un viajero que cruzaba una llanura se acercó a la casa de un colono para descansar un rato; a la puerta había un muchacho que se entretenía echando piedras. Una de estas piedras cayó a los pies del viajero, el cual la cogió, e iba a tirarla de nuevo al muchachito para seguir el juego, cuando notó que por un punto lanzaba un reflejo de luz. Era un diamante. El muchacho jugaba con aquéllo como con una piedra cualquiera; los labradores habían visto muchas veces piedras como aquélla, sin hacer caso, hasta que llegó un hombre que comprendió su valor. ¿No hay cierta analogía entre aquella indiferencia y el descuido con que era tratada el alma antes que Jesucristo viniera al mundo a descubrirla? En cada hijo de Adán veía Él un diamante. Los harapos del mendigo no podían ocultarlo de su vista, ni la oscura piel del salvaje, ni aun los crímenes del malhechor.

Referencias bíblicas.

Mat., 9, 12 y 13; Mar., 10, 21; Juan, 8, 34-36; Ef., 1, 18; 2.ª Tes., 2, 14; Juan, 10, 27; 2.ª Ped., 1, 10; Prov., 8, 4; Is., 43, 1; Mateo, 22, 8-10; 1.ª Tes., 5, 24.

Sociedades infantiles.

Dom., 20 de Agosto. — ¿Cómo mostrarnos lo que somos?

Lunes . . . Conforme a nuestras obras Rom., 2, 6.
Martes . . . La palabra y el hecho . . . Col., 3, 17.
Miércoles . . Los frutos de una obra . . Is., 3, 10.
Jueves . . . Cómo somos conocidos . . 1.ª Juan, 3, 10.
Viernes . . . No nos cansemos de hacer bien Gal., 6, 9.
Sábado . . . Perseverando en hacer bien Rom., 2, 7.

¿Qué distingue a un cristiano de las demás personas? ¿Qué clase de obras no debe hacer un cristiano? ¿A qué fin deben tender las obras de un cristiano? ¿Por qué decimos que las obras no salvan? ¿En qué consiste el bien obrar? ¿Cómo dice Jesús que se nos conocerá? (Mateo, 7, 16.)

TAPAS PARA "ESPAÑA EVANGÉLICA"

Madrid: 2,50. — Provincias: 3,00. — Extranjero: 3,50



ESPAÑA EVANGÉLICA

PERIÓDICO SEMANAL

Director: José Caraballo
Noviciado 3, Madrid - 8 -

Administrador: Fernando Cabrera
Beneficencia, 18, Madrid - 4 -

Precios de suscripción:

	Pesetas.
España: Un año	8
Seis meses	4
Extranjero: Un año	15
Seis meses	8

No se admiten suscripciones por menos de seis meses.

Las suscripciones darán principio en 1.º de Enero ó 1.º de Julio.

Suscripciones por paquetes:

Paquetes de 10 a 50 ejemplares:
España 6 ptas. por ejemplar al año.
Extranjero 12

Paquetes de 51 ejemplares en adelante:
España 5 ptas. por ejemplar al año.
Extranjero 10

Las suscripciones de paquetes en España podrán pagarse por trimestres, pero siempre dentro del trimestre respectivo.

NÚMERO SUELTO: 15 céntimos.

Escuela Dominical

El Rey, entregado a sus enemigos.

20 de Agosto.

Mat. 26, 14-50.

TEXTO ÁUREO: *Velad y orad, para que no entréis en tentación; el espíritu, a la verdad está presto; mas la carne enferma.* — Mat., 26, 41.

Getsemani significa «prensa de aceite», y el nombre es apropiado a la escena que allí tuvo lugar cuando nuestro Salvador sufrió la agonía indecible, cuyo misterio nunca podrá penetrar la inteligencia humana, por reverente y amante que sea. Jesús estuvo allí a punto de morir, y sin duda hubiera muerto a no haber sido confortado por su Padre.

En su oración encontramos tres elementos: 1.º, el sentimiento filial: Abba, Padre; 2.º, el deseo de ser librado de aquel «vaso»; el hecho de que Él tuviera temor a la muerte de cruz que le esperaba, y más que a la muerte, al peso de la maldad humana que iba a venir sobre Él, nos hace comprender algo mejor el precio con el cual fuimos rescatados; 3.º, la sumisión a la voluntad de su Padre; este elemento acaba por absorber todo otro deseo y petición. «No se haga mi voluntad, sino la tuya.»

Aunque luchando solo en aquel duro conflicto, Jesús se ocupa con amor y simpatía de sus discípulos: «Velad y orad.» Reconoce lo bueno que hay en ellos, aunque sea tan imperfecto. Tenían buena voluntad, pero eran débiles y flacos.

Jesús fué entregado por uno de los doce. Esta circunstancia aumentó la amargura de aquella hora. ¿Cómo llegó Judas a semejante traición? No de un golpe, sino por grados. Jesús no le hubiera escogido si no hubiera visto en él algunas buenas cualidades. Pero tenía también una mala inclinación: el amor al dinero. Tal vez pensó en un principio que su Maestro iba a establecer un reino material y terreno, en el cual podría él satisfacer aquella avaricia que le devoraba. A medida que aquellas esperanzas se disipaban, Judas se alejaba de su Maestro en su corazón y en sus pensamientos.

Cristo hizo algunos llamamientos a aquel corazón entenebrecido. «¡Ay de aquel hombre...» Judas fué insensible a tales amonestaciones. El mismo sol que derrite la cera, endurece el barro.

Y así llegó a entregar a su Maestro con un beso, y a darse cuenta demasiado tarde de su maldad, que le llevó a la desesperación y al suicidio.

¿Quién entregó a Jesús a sus enemigos? ¿Por qué lo traicionó? ¿Dónde estaba Jesús cuando lo prendieron? ¿Qué había hecho allí? ¿Cómo le respondió su Padre? ¿Por qué tenía que beber Jesús aquel vaso?